

Me llamo Sara Díaz Carmona y el verano de 2020, cuando le dije a mi entorno que finalmente me habían aceptado para realizar un Doble Grado Internacional en Rouen, al norte de Francia, obtuve unas reacciones que podrían clasificarse en dos grupos bastante... extremistas:

El grupo número uno se parecía a esto:

¿¿Estás loca?? ¿¿Te vas a otro país estando la cosa como está, sola, sin hablar bien el idioma y sin conocer a nadie??



Mientras que el grupo número dos, mucho más optimista, exclamaba:

¡¡Va a ser la mejor experiencia de tu vida!!



Curiosamente, la gente que había hecho algo similar durante sus estudios solía pertenecer al segundo tipo. Y ahora puedo decir orgullosamente que me he unido a ellos, y cuando alguien me comenta que está pensando si realizar una movilidad internacional, me uno a los que los animan con ilusión y entusiasmo. Porque, aunque los del primer grupo posiblemente tuvieran

fundamento en sus miedos, soy de las que opinan que las decisiones que dan miedo son las que merecen la pena, porque son las que implican un cambio y, con él, un crecimiento que no podría obtenerse de ninguna otra manera. Y es por esto que me convencí de lanzarme y mudarme a Francia en Septiembre de 2020, dando comienzo a la mayor aventura que he vivido hasta el momento, con los mejores resultados académicos y profesionales de toda mi carrera. La primera promoción del Doble Grado Internacional de Ingeniería Química con el INSA de Rouen, se desarrolló en un ambiente, cuanto menos, complicado. El COVID-19 se encargó de ralentizar los trámites, dificultar las relaciones sociales y propiciar un confinamiento total cuando tan solo llevaba un mes de mi nueva vida. Confinamiento que, por cierto, se encadenaría con toques de queda y restricciones que marcarían toda mi experiencia. La gente todavía se sorprende cuando les cuento que no, no he visto el Louvre, puesto que estuvo cerrado durante mi estancia; no, no he probado la típica sidra normanda en un bar, ya que los comercios no podían abrir sus locales; y no, durante los meses más duros no podía pasearme después de las 6 de la tarde porque no me apetecía romper la ley en un país ajeno y tener que explicarle a los famosos gendarmes (o flics, la manera guay de llamarlos según mis amigos autóctonos) que necesitaba merendar en mi parque preferido como solía hacer en España.

Sin embargo, todas estas limitaciones impulsaron nuestra creatividad de una manera insospechada. Creo que, por la experiencia tan particular que tuvo mi promoción de Erasmus, es necesario resaltar la especial importancia que las relaciones sociales tuvieron para mantenernos con la motivación adecuada para dar lo mejor de nosotros en el ámbito académico. En mi residencia éramos convivientes, por lo que podíamos juntarnos para cenar y solíamos probar diferentes cocinas de todos los lugares del mundo: no solo conocí el país en el que me encontraba, sino que hice un tour gastronómico explorando diferentes culturas y modos de vida sin moverme de la sala común. Strudel de Marius, un alemán que terminamos españolizando tanto que este año está haciendo un tour en bicicleta por la península; Bundáskenyér y Grízgombóclevés, cortesía de Szilvi, chica húngara a la que acogí en mi casa y pasé por Granada hace unos cuantos meses; verdadero curry originario de la India cocinado por Shiva, que pasó tres meses en España y hablaba un español mejor que el mío; sopa Harira, plato marroquí que Kamar me enseñó y que ayudaba a combatir el frío del norte de Normandía; y, por supuesto, no podían faltar las aportaciones nativas: tomates rellenos (tomates farcis, si nos ponemos técnicos), crêpes para merendar y una variedad de platos con queso que nunca pensé que fuera posible, desde una simple pizza 7 quesos hasta la tartiflette (patatas gratinadas con queso y bacon), pasando por las “soirées raclette”, donde nos juntábamos para comer una especie de fondue que se extendía sobre patatas cocidas. Esta experiencia me descubrió una nueva afición, la cocina, por la que estoy muy agradecida: a las personas se las conquista por el estómago y yo quedé, desde luego, conquistada. Además, era muy satisfactorio atender a 6 horas de clase sabiendo que después el esfuerzo mental iba a ser recompensado de una manera tan deliciosa.

El momento culmen de nuestra creatividad fue, sin duda, la cena de “Nochebuena”. Y pongo Nochebuena entre comillas ya que la celebramos el 24 de Noviembre, porque necesitábamos celebrar la vida para aguantar las circunstancias que nos estaban condicionando. Sabíamos que el 24 de Diciembre no estaríamos juntos sino con nuestras familias, y celebrar en Diciembre no era una opción puesto que estaríamos de exámenes y tendríamos que dedicar más horas al estudio. Por ello, mi grupo más cercano se reunió esa noche en casa de un amigo y cada uno preparamos un plato, que colocamos en bandejas de papel plateadas y doradas, junto con un montón de velas y guirnaldas que habíamos hecho nosotros mismos con hilo ya que la decoración navideña “no era un elemento de primera necesidad”, aunque discrepe, y por tanto no estaba permitida su compra. Esa noche nos vestimos con la ropa con mayor cantidad de purpurina que encontramos y cantamos villancicos como si no nos fueran a dar mala suerte por no cantarlos en la fecha adecuada. Y, sinceramente, creo que ese día el mundo hizo una excepción y en aquella casa fue Navidad realmente, porque las supersticiones no nos afectaron, se anunció un desconfinamiento progresivo a partir de aquel momento y, además, aprobé todos mis exámenes del primer cuatrimestre.

Otra celebración, una vez a la vuelta de las vacaciones y esta vez en la fecha correcta, fue mi cumpleaños. Los días previos estaba un poco triste, aunque mis amigas me intentaran animar: era la primera vez en mis 22 años de vida que no iba a comenzarlos al lado de los que me habían conocido desde el primero: mi familia. Por supuesto, estaba agradecida por las nuevas amistades que había hecho, pero la morriña me estaba afectando, y no esperaba lo que iba a suceder después. ¿Os acordáis de Szilvi, la chica húngara que cocinaba platos mpronunciables? Bien, resulta que mi hermano se compinchó con ella para enviarme una caja enorme con regalos y velas para que tuviera la experiencia de cumpleaños que solían prepararme ellos mismos, con un extra de cursiladas como pajitas de unicornio y coronas de princesa para mí y mis amigas. La fiesta con la que soñaba mi yo de 5 años, la estaba teniendo con 22, hablando un idioma que no era el mío pero que me había permitido conocer a todas esas personas maravillosas que se preocuparon lo suficiente por mí como para hacerme sentir acompañada y querida en un día especial.

Había un tema que se repetía constantemente cuando hablaba con amigos de España y me preguntaban cómo lo estaba pasando: los famosos viajes que “todos los Erasmus hacen”, aprovechando ese contexto internacional, así como la facilidad de conexiones al encontrarse en una posición más cercana al resto de Europa... Fueron bastante complicados. Pero, de nuevo, esto no nos frenó, sino que nos motivó a hacerlo de manera diferente al resto. Autobuses, trenes de corta distancia, transporte urbano... Explorar los alrededores del sitio donde resides es una opción que no suele considerarse interesante, y que sin embargo ofrece muchas posibilidades.

Así, mojé los pies en el mar del Norte, me maravillé con los parques de Cherbourg, admiré la

impresionante arquitectura de Caen, visité el ayuntamiento de Saint-Étienne du Rouvray y, por supuesto, paseé por las calles de mi propia ciudad Rouen, constatando en primera persona la belleza de los lugares que había visto en Google Imágenes cuando escuché su nombre por primera vez. De hecho, para llegar a mi lugar favorito no hacía falta alejarse mucho del centro de la ciudad: la primera semana que llegué, un espectáculo de luces proyectadas sobre la Catedral me impresionó y convirtió esa plaza en el sitio al que iba siempre que necesitaba recordarme que estaba a 1754 kilómetros de todo lo que conocía hasta entonces, para sentir de nuevo esa sensación sobrecogedora que pone en contexto lo pequeños que somos en el mundo y lo mucho que nos queda por aprender.

Entre celebraciones y viajes, por supuesto, tocaba trabajar. A pesar de los cambios en las restricciones, las clases fueron mayoritariamente online durante todo el curso. No os voy a engañar: podían hacerse algo pesadas. Una voz metálica surgiendo del ordenador en un idioma que no terminas de conocer no suena muy prometedor, lo sé. Pero de nuevo fueron las relaciones humanas lo que me salvó: por el grupo de clase varias personas se ofrecieron a ayudarme con las materias que no comprendía, a hacer sesiones de estudio para explicarme conceptos extraños para mí, a ponerse conmigo en los trabajos en grupo para que no me sintiera sola en una ciudad bastante fría literalmente hablando, pero con personas que hacían el mal tiempo mucho más soportable. Así, conseguí elevar mi media académica en unas cuantas décimas que fueron cruciales para acceder al Reconocimiento de la Universidad de Granada a la Excelencia en el Rendimiento Académico, concedido al mejor expediente de cada Grado y que supone un gran logro personal, académico y, por supuesto, profesional, al mejorar de manera sustancial mi futura empleabilidad.

Además, estudiar la misma carrera que hacía en la Universidad de Granada pero desde otro punto de vista planteado por un plan de estudios ligeramente diferente me confirmó que me gusta lo que estudio y aprendo. Incluso tuve la suerte de descubrir una asignatura nueva, Formulación, que me apasionó y en la que he podido profundizar aún más en el Máster. Me atrevería a decir que es el campo de la Ingeniería Química al que me encantaría dedicarme en el futuro.

Volviendo al ámbito laboral, puedo confirmar de primera mano lo que se comenta en cuanto intentas entrar al mercado laboral: una experiencia internacional suma, y mucho, al currículum.

Nada más volver de Erasmus, mi soltura con los idiomas se puso a prueba en una entrevista de una empresa multinacional donde alternaron tres veces entre español, inglés y francés, y mi respuesta se valoró muy positivamente. Con el contexto que he presentado en los primeros párrafos centrados en la experiencia personal, supongo que se puede intuir que el contexto internacional en el que estaba inmersa contribuyó enormemente a hacerme sentir mucho más segura en este contexto profesional. La oportunidad que tuve de haber practicado esta misma situación en un escenario relajado, donde convivían los tres idiomas a la vez y con frecuencia incluso en la misma frase, hizo que mis pobres neuronas, muy confusas al principio, prendieran con la práctica a adaptarse cada vez más rápidamente, lo que me ayudó mucho en esta ocasión.

Además, las mismas personas que me habían estado ayudando con los estudios me ayudaban sin saberlo con el propio francés: imitando su forma de hablar, preguntándoles por expresiones que los libros no me habían enseñado, aprendiendo estructuras gramaticales de manera inconsciente que seguramente había visto en algún libro pero había olvidado por falta de práctica, mi nivel en mi idioma objetivo creció casi sin darme cuenta, sobre todo en la fluidez oral, una de las partes más valoradas por las empresa. Llegué a Francia con un B2, certificado mediante un examen que realicé tras meses de estudio y preparación, y me fui con un C2 que conseguí de una manera hasta divertida, equivocándome y siendo corregida por amigos nativos.

Por supuesto, en la entrevista que mencionaba anteriormente no solo se tuvo en cuenta el aspecto comunicativo, sino que me preguntaron por lo que la experiencia me había aportado a nivel personal: iniciativa, autonomía, tenacidad, valentía... desarrolladas a partir de situaciones que en el momento me hacían desear que me tragase la tierra, pero que una vez superadas suponían un aprendizaje muy rápido y profundo, cambiando mi manera de enfrentarme a los retos que se me presentaban y que se me seguirán presentando a lo largo de toda la vida, incluyendo el ámbito profesional. Puedo decir orgullosamente que tras la entrevista fui aceptada para el puesto y comencé unas prácticas de verano que me permitieron iniciarme en el mundo laboral, completar mi expediente académico y confirmarme que había hecho la elección correcta.

Si alguien está leyendo esto y sigue pensando si irse o no, voy a dejar de intentar convencerlo con mis propias palabras y voy a compartir la cita que me dio el empujón necesario para empezar este viaje cuando lo necesitaba. Es del libro *Un sombrero de cielo*, de Terry Pratchett, y dice así:

“¿Para qué te marchas? Para poder volver. Para poder ver el lugar del que provienes con nuevos ojos y más colores. Y la gente también te ve distinta a ti. Volver al lugar donde empezaste no es lo mismo que no haberte ido nunca.”

Así que hazle caso a Terry Pratchett, haz tu maleta y vete, aunque luego vuelvas (o no). Mudarse al extranjero no es fácil, pero precisamente por ello es gratificante cuando descubres todo el crecimiento que has hecho, al enfrentarte a tu vida cotidiana con una nueva perspectiva, al haberte integrado en una nueva cultura, haber establecido vínculos con gente muy diferente a ti mismo, al haber salido de la zona de confort y haberte enfrentado al miedo, mirándolo de frente para decirle: te veo y te reconozco, pero soy más capaz de lo que quieres hacerme creer, y ahora pienso demostrártelo.